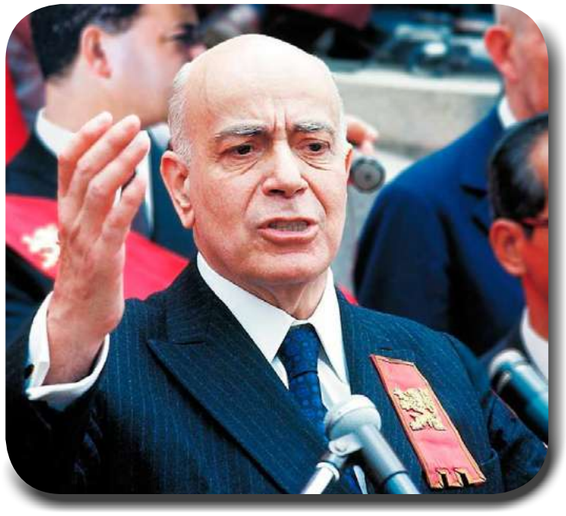
Cristiandad:

SACRALIDAD DEL ORDEN TEMPORAL

"El orden temporal es una criatura de Dios, y debe dar más gloria al Creador que la luna y las estrellas. Ciertamente, la Iglesia tiene sus propios medios para promover la salvación de las almas, pero la sociedad y el Estado tienen medios instrumentales para lograr el mismo fin".

Homenaje a Plinio Corrêa de Oliveira

En el 25º Aniversario de su fallecimiento



¿Cuál es el interés de este estudio? [1]

La mayor parte de los hombres vive casi toda su vida en la sociedad temporal.

Es en ella que, por disposición de la Divina Providencia, debemos santificarnos realizando el plan que Dios tiene para cada uno.

Siendo el hombre hecho para vivir dentro de ella, es en los pensamientos comunes de la vida temporal que su espíritu debería encontrar materia prima para elevarse a las cosas espirituales que le conduzcan a Dios.

Es por ello que el ambiente existente en la sociedad temporal podrá facilitarle o dificultarle la práctica de la virtud y, por lo tanto, cumplir con la finalidad para la cual fue creado.

Es importante pues saber cómo debe estar constituida esa sociedad para que sea realmente benéfica para el hombre.

En este texto se enfrentan dos errores generados por la Revolución.

Por un lado, el materialismo según la cual el universo material y social existe sólo para satisfacer las necesidades básicas del cuerpo del hombre o exclusivamente para satisfacer sus caprichos arbitrarios y sensuales.

Por otro lado, en el extremo opuesto, la falsa piedad que confina la religiosidad a templos y sacristías, presentándola como una experiencia subjetiva, emocional o sensible. Según esta concepción de la piedad, con excepción de pocos elegidos, favorecidos por fenómenos místicos extraordinarios, la inmensa mayoría de los fieles debe vegetar mediocremente, en la gris banalidad de la existencia cotidiana.

Ambos extremos convergen en un grave error: la actividad social y terrena del hombre común debe restringirse a una vida sin horizontes ni trascendencia metafísica o sobrenatural.

Plinio Corrêa de Oliveira señala el verdadero equilibrio.

1 En el 25º aniversario del fallecimiento del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, publicamos este estudio que escribió a principios de la década de 1950
Sus múltiples e intensas actividades le impidieron completarlo, habiendo permanecido archivado hasta su muerte. El texto original que hoy sacamos a la luz tiene carácter de boceto en muchos de sus pasajes.

Cristiandad:

SACRALIDAD DEL ORDEN TEMPORAL

Consideramos útil analizar algunos aspectos de una de las tesis fundamentales de la doctrina católica sobre el problema de las relaciones entre el [orden] espiritual y el temporal, que es la "ministerialidad" [1] de este último en relación al primero.

Nos parece que el ambiente de nuestros días inculca de tal manera una concepción materialista y puramente económica de la vida temporal, que ejerce una influencia sensible sobre el estado de espíritu, los hábitos mentales y las tendencias ideológicas de personas que, al menos en teoría, se presumen fieles a las líneas generales del pensamiento católico e incluso tomista. Tales personas tendrían menos dificultad en aceptar la posición de la Iglesia sobre la ministerialidad de lo temporal si recordaran exactamente todo el contenido humano [es decir, material y espiritual] de la esfera temporal.

Para que este contenido no aparezca con tanta claridad a los ojos de todos, han concurrido –involuntariamente claro, y por razones explicables– excelentes escritores.

Verdad omitida: la sociedad humana debe satisfacer no solo las necesidades del cuerpo sino también las del alma

[Otros] autores sostienen la doctrina de que la sociedad humana no existe como resultado de un pacto arbitrario establecido por un número de hombres en épocas que se pierden en la noche de los tiempos, sino que es una consecuencia espontánea, legítima e ineludible del propio orden natural. [Ellos] exponen detenida y cuidadosamente los argumentos proporcionados a su tesis por la observación de la vida cotidiana: la necesidad de especialización y colaboración para asegurar la subsistencia y el progreso material; necesidad de una autoridad para dirigir dicha colaboración, etc. Es, por lo tanto, una necesidad natural [y no sólo contractual, que exista] una sociedad con todas sus características esenciales.

La sociedad humana no sólo debe satifacer las necesidades del cuerpo

Establecida sobre esta base [la de la observación de la vida cotidiana], la demostración, además de ser impecable, es altamente didáctica, ya que se trata de hechos claros, sencillos, palpables que están dentro del ámbito de la observación directa y personal de cualquier lector. [Sin embargo, hay otros argumentos a considerar].

Es comprensible que un autor, presionado por la obsesión de resumir, que impone la prisa actual, pase por alto otros argumentos, o incluso guarde silencio sobre ellos. Este

1 Minister, en latín, significa siervo, servidor; por tanto, ministerialidad significa el que sirve; es decir, el orden temporal debe servir a los designios de Dios y de la verdadera Iglesia: la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, ya que estos designios son superiores al orden temporal, y ya están insertados en el orden sobrenatural. En otras palabras, la sociedad y el Estado deben, a su manera, ser instrumentos de santificación de las personas, ayudándolas a alcanzar su fin último, que es llegar al Cielo.

es a menudo el caso del argumento basado en el hecho de que el hombre es social por la naturaleza de su propia alma, abstracción hecha de cualquier necesidad del cuerpo. En no pocos libros de todo tipo, forma y tamaño, que ponen al alcance del público las líneas maestras del Derecho Natural, este argumento no es explotado en toda su riqueza.

De ahí, se deriva en la formación de la mentalidad del lector una consecuencia importante. Un gran número de estudiosos se acostumbran a ver en la sociedad humana algo que existe única, o al menos principalmente, para satisfacer las necesidades físicas del hombre.

No es que esta convicción provenga de una declaración expresa de tal o cual tratadista; pero se forma en el subconsciente a modo de impresión general que, aunque no es lógica, es al menos explicable. Pues, si los argumentos más insistentemente mencionados, más desarrollados, son los que se basan en las necesidades materiales, económicas, prácticas, no es de extrañar que se forme la noción de que la sociedad existe sobre todo para satisfacer tales necesidades y que, poco a poco, los fines de la sociedad relacionados con el alma humana, pasen de un segundo plano a un olvido total.

Como dijimos, la atmósfera contemporánea es tal que favorece poderosamente este fenómeno. Vivimos en un ambiente saturado de materialismo, en el que en todo momento escuchamos opiniones que solo serían verdaderas..., somos testigos de acciones que solo serían legítimas..., nos colocamos en presencia de instituciones y costumbres que solo serían razonables... si el alma humana no existiera. El materialismo está inmanente y está implícito en casi todo lo que sucede a nuestro alrededor.

Mucho le está costando al hombre la subestima o la negación del alma.

Por lo tanto, no es de extrañar que, tantas y tantas veces, uno vea a ese o a aquel católico –que estudió honestamente las líneas generales de la filosofía moral y que leyó en Santo Tomás (De Regimine Principum, Cap. I) que la sociedad temporal tiene por fin remediar la insuficiencia no sólo física sino intelectual del hombre de vivir solo– tomar ante los problemas políticos, sociales y económicos que enfrenta, una actitud práctica que difiere poco de la posición del materialista o del agnóstico.

La sociedad humana es presentada habitualmente como algo que existe única, o al menos principalmente, para satisfacer las necesidades físicas del hombre.

Trágicas consecuencias del olvido de la supremacía del alma sobre el cuerpo

Dado que el hombre está constituido por dos principios distintos, cuerpo y alma, es evidente que en todo lo que le concierne, lo que atañe al alma será mucho más importante que lo que se refiere al cuerpo; porque lo espiritual e imperecedero vale más que lo material y mortal.

Toda sociología que parta de esta verdad debe dar lo mejor de su solicitud y atención al alma humana, su equilibrio, su bienestar, su desarrollo. Por interesantes y respetables que sean los problemas materiales, por mayor que sea el talento, la diligencia, el vigor que debe emplearse para resolverlos, nunca se debe olvidar esta verdad fundamental.

Evidentemente, no se trata de dedicar a la vida material menos de lo que merece, ya que el hombre es un hombre y no un puro espíritu angélico. Pero, aun cuando se de a la materia cuanto le corresponde, es necesario no destrozar la jerarquía de valores. [No se pueden] concebir los problemas materiales disociándolos de la realidad humana plena y total, es decir, que también tenemos alma, y que ésta vale más, incomparablemente más, que nuestro cuerpo.

El mundo moderno ignoró estos principios, elevó el cuerpo a la altura de un ídolo y negó la primacía del alma, cuando no su misma existencia. Todo lo organizó como si el hombre tuviera solo un cuerpo.

El resultado está ante nosotros: neurosis, psicosis, perversiones sexuales monstruosas, existencialismo, la cacofonía de la gran confusión de nuestros días. El libro de Alexis Carrel [“*L’homme, cet inconnu*”, El hombre, ese desconocido] –al que se deben hacer restricciones – ya está envejeciendo, pero puede ser releído con ventaja por aquellos que deseen conocer lo que le está costando al hombre esta subestimación o negación del alma, en el progreso técnico-material de nuestro siglo.

Se trata –y muchos lo reconocen– de restablecer el primado de lo espiritual.

Sin embargo, para que esta intención no se quede solo en el mundo de las afirmaciones sonoras, y se convierta en una acción palpable, con fines definidos, es necesario investigar en qué consiste exactamente el papel de lo espiritual en la vida que el hombre lleva en sociedad.

La sociedad de los hombres debe reflejar la sociedad angélica

Considerando el alma humana en su naturaleza, sus potencias, su actividad, ¿en qué sentido puede tener vida social? Un campo de la vida social, que comprenda relaciones puramente espirituales de hombre a hombre, puede parecer situado a una altura tan etérea, que no se pueda decir nada definitivo y útil sobre él. Esa impresión se disipará si recurrimos a lo que la Iglesia nos enseña sobre los ángeles.

El Ángel es un ser puramente espiritual, creado para conocer, amar, alabar y servir a Dios. Siendo ésta su única razón de ser, es para ese fin que se ordenan todas sus potencias, todas sus inclinaciones naturales. Y es para esa finalidad, que lo ww y sublima la Gracia cuando lo eleva al orden sobrenatural, dándole la visión beatífica y el amor sobrenatural.

El Ángel, por tanto, necesita una sociedad: la de Dios. Y no podría vivir en la ignorancia del Creador. Pero esta sociedad es suficiente por dos razones. Primero, porque Dios es la perfección misma, y quien lo po-

El relacionamiento social de los hombres debe reflejar la sociedad angélica

see no necesita nada más. Segundo, porque la naturaleza del Ángel está ordenada a Dios y solo a Él.

Estrictamente hablando, tal es la naturaleza de un espíritu puro que Dios podría haberlo creado a él solo, o haber dispuesto que no conociera otro ser que no fuera el mismo Dios.

Sin embargo, el Creador constituyó la creación angélica de otra manera. Quiso que los Ángeles se conocieran, estableciendo así, entre ellos, una vida social que, por supuesto, es toda espiritual.

Los ángeles enriquecen su conocimiento de Dios al contemplar el Universo creado

Esta vida social, sin embargo, tiene a Dios como su objeto último. Porque los conocimientos que los Ángeles se comunican, transmiten lo que cada uno puede comunicar de Dios. De tal manera que cada Ángel tiene todas las operaciones de sus potencias aplicados a Dios de dos maneras: una directa, en la medida en que tiene comercio inmediato con Él; y otra mediata [o indirecta], cuando se comunica con Él a través de otros Ángeles. Así eran las cosas antes de la creación de nuestro universo [material].

Cuando fue creado, su conocimiento fue manifestado a los Ángeles Y como nuestro universo a su manera también anuncia la grandeza de Dios, los Ángeles adquirieron, en cada ser material creado, objetos de conocimiento que los conducen, por sus propios caminos, a Dios, objeto único y constante, de todas las operaciones angélicas.

Porque la consideración del sol, la llovizna o el trueno elevan a Dios al salmista..., o como una flor o un pájaro elevaba a Dios a San Francisco de Asís..., o incluso como las maravillas del átomo pueden elevar a Dios al hombre moderno... el Ángel los conoce y los usa como caminos hacia Dios.

¿Quién podrá en esta vida terrenal –si no la Santísima Virgen– retrazar lo que es la meditación y el amor de un Ángel, que conoce todo nuestro Universo, hasta el más pequeño de sus secretos? En una sola mirada [el Ángel] ve la pulsación simultánea de la vida en todos los seres; y [también] el incesante y misterioso movimiento de la materia en los espacios incalculablemente grandes en los que se mueven los astros [o] en los espacios incalculablemente pequeños en los que giran los universos y constelaciones de los átomos. En todo [el Ángel] discierne la Sabiduría Eterna, el Poder absoluto e inquebrantable, la perfección del Amor "que mueve el sol y las demás estrellas".

El ángel no solo es contemplativo, sino que, a su manera, tiene una naturaleza activa. El es un guerrero de Dios

Hablamos más detenidamente del conocimiento y del amor. Unas palabras sobre la alabanza y el servicio de Dios.

Hecho para alabar, el ser angélico es de naturaleza, por así decirlo, exclamativa. El conocimiento y el amor no se pierden sin resonancia en las augustas profundidades de su propio ser. Transmite, comunica, expresa lo que pasa en su interior, por deber de justicia y amor a Dios, sin duda, pero también por un impulso de su propia naturaleza. De ahí la incesante alabanza angélica, cuya magnificencia se manifiesta tan a menudo en la Escritura, con términos y símbolos tan diversos.

Hecho para servir, el Ángel no solo es contemplativo, sino que *more suo* [a su manera] tiene una naturaleza activa. Comunica a los otros lo que conoce acerca de Dios: es un servicio docente. Él es el agente de la voluntad de Dios en la dirección del Universo, porque es a través de los Ángeles que Dios gobierna la creación visible. Y esta función ejecutiva tiene un aspecto militante, ya que es el guerrero de Dios, que antes de los siglos abatió a Satanás y a los ejércitos rebeldes, y hoy combate el infierno, protege a los fieles y a la Iglesia en la lucha contra el poder de las tinieblas.

Aquí, entonces, está lo que hace el Ángel por su propia naturaleza; lo que hace como miembro de la sociedad angélica; y lo que hace la sociedad angélica en su conjunto, como sociedad, según el impulso y designio de Dios.

El ángel es un contemplativo pero también un guerrero de Dios.

"El alma humana es tan sociable que realizará su destino eterno en una vida social que tendrá un objeto puramente espiritual"

Estas nociones sobre la sociabilidad y la vida social de los Ángeles son aplicables al alma humana, porque también es, en sí misma, enteramente espiritual. Sin embargo, cometeríamos un grave error si, al trasponer estas nociones del reino angélico a la sociedad terrena, no tuviéramos en cuenta que el alma humana fue creada para vivir vinculada a un cuerpo material, destinada a hacer una persona con él; y que, por lo tanto, toda la naturaleza espiritual del alma humana está ordenada a tal asociación con la materia, y sólo en este consorcio encuentra su modo de ser y de actuar enteramente normal.

Tan íntimo es tal consorcio que, en el período en que [después de la muerte del hombre] el alma vive [en el Cielo] disociada del cuerpo, esperando la resurrección, se encontrará en un estado de anomalía, por así decirlo de violencia, ciertamente indoloro porque gozará de la felicidad celestial, pero, en todo caso, de auténtica violencia que solo la resurrección hará cesar. Cuando nuestra alma recupere su propio cuerpo, no lo hará como quien regresa a una prisión, sino como quien recupera gozosamente la plenitud de sí mismo.

Para considerar la parte del espíritu y de la materia en las operaciones específicamente espirituales del hombre, y por lo tanto en la sociabilidad y en la vida social de su alma, recordemos ante todo que "*non habemus hic civitatem*" [nuestra morada no es esta Tierra]. Fuimos creados con el mismo fin que el de los Ángeles, como ellos fuimos elevados al orden sobrenatural. Y en esa eternidad ante la cual la vida terrena es un mero instante, deberemos participar de la sociedad espiritual de los Ángeles, contemplando, amando, alabando y sirviendo a Dios.

Cometeríamos un grave error si, al trasponer estas nociones del reino angélico a la sociedad terrena, no tuviéramos en cuenta que el alma humana fue creada para vivir vinculada a un cuerpo material

Tal es la afinidad entre la naturaleza y las operaciones de nuestra alma y las de los espíritus angélicos. Nuestro cuerpo participará, por supuesto, de esas operaciones, pero en el estado de un cuerpo glorioso, es decir, tan inmerso, por así decirlo, en la espiritualidad de nuestra alma, y en la gracia de Dios, que su propia forma de ser y operar será como sublimado más allá del nivel propio de la mera naturaleza humana y fijado en la inmortalidad.

Habiendo hecho estas reservas [en cuanto al papel del cuerpo], vemos que el alma humana es tan sociable que realizará su destino eterno en una vida social que tendrá un objeto puramente espiritual.

En la Tierra y en el Cielo, el hombre tiene esencialmente la misma finalidad: conocer, amar, alabar y servir a Dios.

Esto puede ayudarnos a comprender quizás mejor cómo se realiza la vida, y más especialmente la vida social de las almas, en la existencia terrena. Y cómo esta auténtica vida social se ocupa de valores enteramente espirituales.

Si nuestro propio fin es conocer, amar, alabar y servir a Dios, nuestra naturaleza, máxime al ser elevada al orden sobrenatural, debe tender enteramente hacia ese fin. Es decir, todas nuestras actividades mentales y físicas deben estar dirigidas al conocimiento de la verdad y la práctica del bien.

Esto es real en relación con nuestra naturaleza en el Cielo, pero también en la vida terrena, porque la naturaleza humana ya es lo que debe ser para siempre y, por lo tanto, sus tendencias fundamentales ya son lo que serán para siempre.

Y como la vida terrena no puede ser contraria a nuestra naturaleza, ya es, de alguna manera, en su sustancia, en lo más interno, esencial e íntimo –en el plano natural como en el sobrenatural– la misma vida de contemplación, amor, alabanza y servicio de Dios que tendremos en el Cielo.

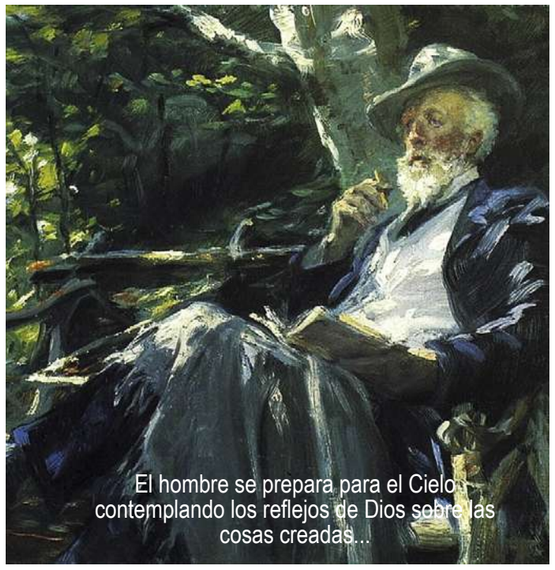
El hombre se prepara para el Cielo contemplando los reflejos de Dios sobre las cosas creadas...

Si en esto consiste la esencia de nuestra vida terrenal, hay que recordar, sin embargo, que la forma en que realizamos tales operaciones aquí difiere profundamente de la forma en que las realizaremos en el Cielo.

Tendremos la visión beatífica en la eternidad, sin velos ni obstáculos. Nuestro amor habrá alcanzado una plenitud definitiva. Nuestra alabanza y nuestro servicio serán sin tacha ni desmayo.

En la vida terrena, por el contrario, estamos en una condición de prueba. Tenemos dones naturales y sobrenaturales para preservar y desarrollar. Nuestras acciones, incluso las mejores, y, por lo tanto, nuestra alabanza y nuestro servicio, están plagadas de imperfecciones. Nuestra forma normal de ser nos somete mucho más a la materia, que cuando nuestros cuerpos sean transfigurados por la gloria. A pesar de todo esto, es muy cierto que el hombre, incluso el más disipado, contempla activamente. Para darse cuenta de esto, bastará con aclarar qué es concretamente, en la vida terrena y en el plano natural, una contemplación.

¿Qué hace un hombre cuando se detiene para ver pasar un desfile militar o una procesión religiosa, para considerar un edificio o un panorama,


El hombre se prepara para el Cielo... contemplando los reflejos de Dios sobre las cosas creadas...

para observar una escena particularmente seria o pintoresca de la vida cotidiana, para ver una obra de teatro? Contempla, es decir, fija la atención en un determinado objeto, se da cuenta de lo que es verdadero o falso, bueno o malo; acepta, consiente, como si asimilara la verdad y el bien en su propia alma; experimenta disonancia, rechaza, opera como una purga en sí mismo, de lo que la cosa le pudo haber comunicado de malo.

Teniendo ante los ojos seres relativos y contingentes, que poseen en sí mismos el reflejo del Ser absoluto, el hombre, a través de los canales de los sentidos, considera en los seres contingentes algo que existe absolutamente en Dios; cómo que se apropia de ese bien, en el mismo acto en que lo considera, se configura a este bien. En definitiva, hace un acto característicamente contemplativo, aunque marcado por las condiciones inseparables de esta vida terrena. Desafortunadamente, muchos hombres, al realizar tales actos de contemplación, no se elevan de ninguna manera hacia Dios y se detienen en el goce egoísta y circunscrito del ser relativo que tienen ante sí.

A menudo, su conocimiento es vicioso y acepta el error y no la verdad; la contemplación les lleva a asimilar el mal y no el bien. Por supuesto, así como hay buenas contemplaciones, también hay malas contemplaciones. Son los triunfos del mundo, de la carne y del demonio. Sin embargo, la acción que realizan es esencialmente contemplativa, aunque pueda ser meramente natural, y es una afirmación de que hay en el hombre una tendencia irresistible a la contemplación.

Esta contemplación trae necesariamente como consecuencia la alabanza, o su antítesis, que es la blasfemia, porque en la Tierra como en el Cielo, como en el infierno, el hombre es, como decíamos, exclamativo, esto es propenso a comunicar lo que ocurre en su alma. Y conduce al servicio, ya que el hombre sirve naturalmente a lo que ama, la Ciudad de Dios o la Ciudad del Demonio, la verdad o el error, el bien o el mal.

Es así como el alma humana realiza desde ahora, en esta Tierra, para su salvación o para su condenación, las grandes operaciones que será llevada a realizar por toda la eternidad. Está claro que esta contemplación, en la medida en que se hace a la luz de la Fe, es una operación animada por la Gracia.

... Recibiendo el impulso de conocer, admirar y relacionarse con los otros hombres

Por lo dicho, es evidente la necesidad que el alma humana tiene de entrar en contacto con objetos externos sobre los que pueda ejercer su actividad. La hipotética falta de tales objetos haría que se atrofien sus potencias y reduciría su vida al simple hecho de existir.

Al contemplar, por ejemplo, un hermoso cristal, se puede comprender las excelencias de Dios

Así como el cuerpo humano puede alimentarse a pan y agua, pero se enfermará si pasa mucho tiempo sólo con estos alimentos; el alma humana no puede alimentarse con la mera consideración de un objeto o de un número muy pequeño de objetos.

Sus operaciones en tal caso, por supuesto, irían más allá de los límites del simple existir, pero llevarían al alma a un operar tan defectuoso que sufriría un desequilibrio. Es el caso de ciertos trabajadores, obligados por su profesión a permanecer horas enteras con la atención centrada en un mismo hecho simple, pobre, casi asfixiante: una señal luminosa, por ejemplo, cuyo encendido o apagado más o menos irregular debe registrar minuto a minuto en una hoja de papel, durante 10 o 12 horas de trabajo diario. Ciertas constituciones mentales excepcionalmente bien dotadas podrían, tal vez, rehacerse de este trabajo dispersando la atención durante las horas de ocio. Otros, sin embargo, sucumbirían por una especie de anemia. Nuestra alma fue hecha para la consideración del Universo, de todo el conjunto de seres sobre los cuales nuestros sentidos tienden normalmente a aplicarse.

De estos seres el que ocupa el lugar central en la escena, el que domina a los demás, el que en cierto modo los compendia a todos, es el propio hombre. El alma humana, naturalmente creada para considerar el Universo, es por esto propensa con la mayor vehemencia, por el impulso más profundo y obstinado de todo su ser, a la contemplación de lo que el Universo tiene más esencial: otros hombres. Todo el Paraíso, con sus delicias, era inadecuado para el hombre antes de la creación de la mujer: "no era bueno" para él estar solo. En esta propensión esencial del hombre a hacer en la Tierra lo que hará en el Cielo, se incluye la necesidad de conocer y ponerse en contacto con los otros hombres. Y esto es, desde el punto de vista del alma –es decir, desde el más importante de los puntos de vista concernientes al hombre– la verdadera necesidad de la vida social.

Las funciones de conocer, amar, alabar y servir a Dios a través del espejo de la creación deben tener naturalmente en las condiciones de la vida terrena, como objeto más constante, más rico, más vivo, más directo, aquellos cuyas almas son la imagen y semejanza misma de Dios.

Al contemplar, por ejemplo, un hermoso cristal, se puede comprender las excelencias de Dios

Cómo se llevan a cabo estas operaciones? Conociendo mejor al prójimo, que es semejante a Dios, nos conocemos mejor a nosotros mismos y al propio Dios. Al asimilar en nosotros las virtudes de los demás, enriquecemos nuestra alma con algo que le es total y completamente natural, y que con un alto contenido de realidad refleja a Dios. Entonces, es cierto que podemos tener alguna idea del amor, considerando la protección que la gallina da a sus polluelos, y con esto podemos crecer en virtud. Pero mucho más [perfecta] será nuestra idea, mucho más decisivo normalmente el estímulo, [si] consideramos a una madre protegiendo a su hijo. Esto, ya sea para formar una idea del amor humano, o principalmente del amor divino.

La contemplación no es solo conocimiento, sino amor. Una de las manifestaciones más cálidas e irresistibles de nuestra sociabilidad es esta necesidad de amar y ser amado, que es inseparable de la naturaleza de cada hombre.

Nuestro amor se vuelve hacia las cosas del reino mineral, del reino vegetal, del reino animal con algunas adaptaciones. Podemos amar un hermoso cristal que encontramos

en la tierra durante un paseo; más propiamente amamos una planta, una rosa por ejemplo; la palabra amor se enriquece en un sentido mayor cuando tiene por objeto un animal, por ejemplo el perro, fiel compañero en los buenos y malos días. Pero es amor propiamente dicho sólo cuando su objeto es un ser de nuestra especie. Este último amor, incomparablemente mayor que los otros que acabamos de enumerar, nos da una idea del amor que le debemos a Aquel que es el Ser absoluto, el Ser por excelencia, el Ser que contiene en sí sustancialmente todas las perfecciones.

La contemplación no es mero conocimiento, ni mero amor: es también asimilación. Porque lo propio del amor es producir asimilación entre dos seres. Por ello, se constata en el hombre, como uno de los rasgos más esenciales de su naturaleza, la capacidad de recibir una profunda influencia de otros hombres, pero especialmente de aquellos a quienes admira. La imitación es una tendencia de todos y está lejos de ser, en sí misma, degradante o ridícula.

Puede haber imitaciones dirigidas a personas indignas. Puede haber imitaciones cuyo objeto sea gente digna [pero] cuyas propiedades se intenta asimilar de forma excesivamente exacta, y por tanto en lo inconfundible e intransferible de una persona. Son los errores que existen en la operación de imitar, como

en cualquier otra operación humana. Pero, en sí mismo, imitar, asimilar, es una función legítima, constante en la mente humana, una satisfacción a las exigencias más profundas de nuestro ser.

Si asimilamos lo que debemos, si imitamos a quien debemos, nos perfeccionamos y aumentamos nuestra semejanza con Dios, reflejado en el espejo de sus criaturas. Imitar, servir de ejemplo, son las obligaciones de cada hombre, operaciones esenciales para la perfección del alma, profundamente inherentes a la vida social de las almas. Son caminos provistos por la misma Providencia, y dotados

Una de las manifestaciones más cálidas e irresistibles de nuestra sociabilidad es esta necesidad de amar y ser amado, que es inseparable de la naturaleza de cada hombre.

por Ella de una eficacia relevante, para el ejercicio de las potencias del alma, el desarrollo del espíritu y el logro de esa perfección, que es el vestido de bodas con el que estamos habilitados para la fiesta perfecta del alma, que es la contemplación perpetua de Dios.

El hombre tiene la capacidad de recibir una profunda influencia de otros hombres

Cómo se produce este intercambio entre almas? En otras palabras, ¿cómo viven su vida social?

Cuando dos personas están en contacto entre sí, incluso si son desiguales en inteligencia, instrucción o fuerza persuasiva, están en condiciones de ejercer una influencia mutua.

El cuerpo humano es un maravilloso instrumento para la expresión del alma. Todas nuestras ideas, incluso las más abstractas; todas nuestras emociones, incluso las más sutiles, son susceptibles de una adecuada expresión por la acción primordial de la propia palabra, completada y enriquecida por la inflexión de la voz, la expresión de la mirada, los gestos, por la actitud del cuerpo, el porte e incluso la forma de caminar. Virgilio nos cuenta que, por la simple forma de caminar, Dido se mostró como una diosa: "*et incessu patuit Dea*..."

El poder expresivo de su cuerpo, el hombre lo acentúa por el traje y por el adorno. Este poder llega a ser tan grande, que a veces erróneamente es tomado como irresistible.

Cuando se torna nítida esta transparencia del alma en toda la forma de actuar y ser del cuerpo, y especialmente cuando tal transparencia revela un alma firme, clara, lógica, se reconoce que está en presencia de lo que se llama una personalidad. Tener personalidad, ser una personalidad, es tener un alma bien desarrollada para dirigir, influir, brillar en todo el cuerpo material.

Es realizar dentro del mero campo natural una especie de transfiguración de la materia por la iluminación interior del alma, que es una prefigura meramente natural, pero espléndida en sí misma, de la transfiguración sobrenatural, incomparablemente más radiante y más noble, que los cuerpos gloriosos tendrán en el Cielo, y de que Nuestro Señor en el Tabor, y también algunos santos, nos han dado una visión sensible en esta Tierra del exilio.

Las disposiciones del alma no solo se irradian al cuerpo, sino que se comunican a los objetos sobre los que el hombre ejerce su influencia

El alma no se expresa solo a través del cuerpo. Las formas,

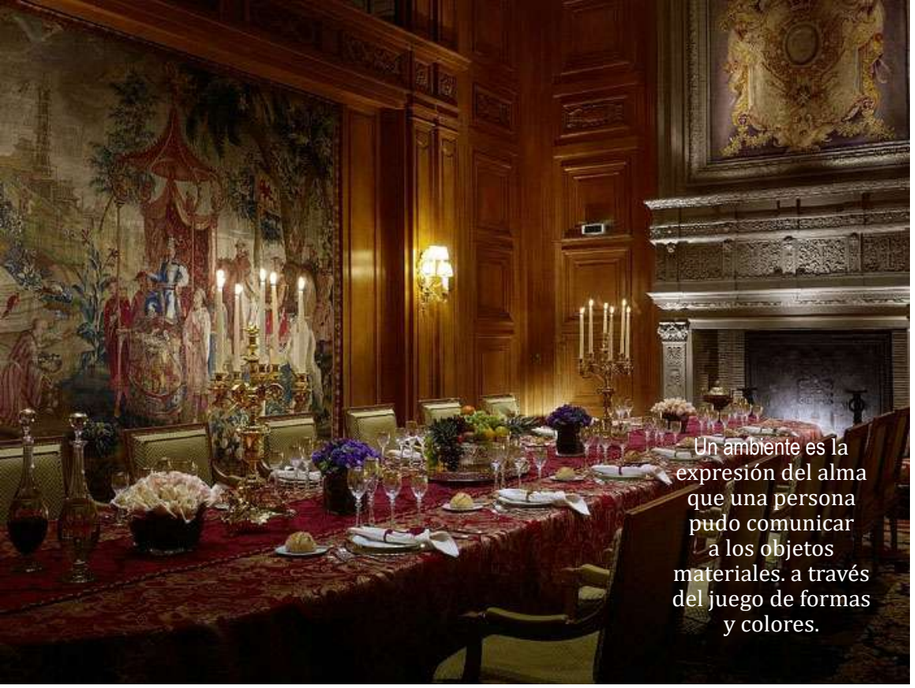
Las disposiciones del alma no solo se irradian al cuerpo, sino que se comunican a los objetos sobre los que el hombre ejerce su influencia

los colores, los sonidos, los olores, los sabores tienen una analogía que no es meramente convencional con las disposiciones del alma humana. Es por ello que las palabras que sirven para designar estados del alma humana se utilizan corrientemente para designar, por analogía, propiedades de seres animales, vegetales o minerales. Se puede hablar del alegre canto de un pájaro; del aspecto sonriente de un ramo de flores o simplemente de un panorama; y esto de la misma manera que se habla de la risa alegre de una joven o de un niño. Se puede hablar de la majestad de un Rey, como del águila o del trueno. Los ejemplos de esto podrían multiplicarse casi hasta el infinito.

Ante este hecho, el hombre puede aplicar su acción sobre seres inferiores, comunicándoles cierta expresión. Así, es cierto que las especies animales domesticadas por el hombre reciben de él una cierta amenidad de comportamiento, cierta compostura, que las distingue de sus congéneres salvajes, con diferencias muy similares a las que distinguen al hombre civilizado del bárbaro.

Ciertos animales, los gatos de Angora o los lulus de Pomerania, por ejemplo, adquieren una especie de distinción que evidentemente está relacionada con los ambientes humanos en los que viven. El hombre también puede desarrollar una acción del mismo tipo sobre determinadas plantas, en las que se distinguen especies silvestres y cultivadas. Una cierta expresión de su alma, el hombre puede incluso comunicarla a seres perfectamente inanimados: cuando hace, por ejemplo, un cuadro que tendrá una expresión que de ninguna manera preexistía en el lienzo, en el pincel o en las pinturas.

Y tal es el alma humana, que lo propio del hombre es comunicar una u otra expresión a todos los objetos que le rodean. Como estamos hechos de alma y cuerpo, queremos que los objetos que sirven al cuerpo también le hablen al alma. Un mueble confortable es el que sirve al cuerpo: un mueble elegante es el que también sirve al



Un ambiente es la expresión del alma que una persona pudo comunicar a los objetos materiales. a través del juego de formas y colores.

alma. Un tejido resistente, agradable al tacto, adecuado al clima, satisface el cuerpo. Pero el alma tiene sus propias exigencias y pide que sea bello.

Ambiente: cuando entramos en una sala, parece sentirse la personalidad del decorador

Las observaciones anteriores nos llevan a una noción fundamental, que es la de ambiente.

Cuando a veces entramos en una sala, parece que sentimos la personalidad de quien la decoró. Decimos que hay un ambiente. ¿Qué significa ahí ambiente? Es la expresión de un alma que, a través del juego de formas y colores, una persona pudo comunicar a los objetos materiales.

En esto, como en todo, el hombre imita a Dios. Cuando contemplamos determinados panoramas marítimos, cuando de noche miramos al cielo, sentimos una expresión de alma que se desprende de este mundo: es el ambiente creado por Dios, y a través del cual Él se expresa a nuestros sentidos.

Nos resultaría incluso más fácil ejemplificar con los sonidos, los perfumes, los sabores. San Pablo escribió que el vino, bebido con moderación, alegra el corazón del justo. La Iglesia se sirve la música para formar nuestra piedad. El austero aroma del incienso nos parece adecuado para ser respirado por nosotros en la oración. Al contrario, sus moralistas siempre nos han prevenido contra los perfumes voluptuosos que pueden excitar la molicie y la lujuria.

Consideremos ahora el ambiente en relación con el fin esencial de la contemplación, que es conducirnos a Dios.

Si los estados de espíritu son susceptibles de expresarse de esta manera, está implícito que también las virtudes y los vicios. A menudo se manifiestan en el rostro humano, en la inflexión de la voz, en el gesto, en el caminar. Es probable que marquen con su propia nota todo lo que el hombre hace o produce.

Un ambiente no puede ser moralmente indiferente. O será bueno, y favorecerá a las almas, o será malo, y actuará en sentido opuesto

La intemperancia o templanza de un artista no solo es evidente en el hecho de que explota [o no] el nudismo. El ritmo de una canción puede, en sí mismo, ser lujurioso; como la combinación de ciertos perfumes, o la complicación de ciertos sabores. La falta de sabiduría se expresa no solo por el significado de las palabras, sino por lo desaliñado del gesto, por la extravagancia de las líneas o colores de un traje, de un mobiliario, de un edificio.

En este punto, como en otros, el hombre está sujeto al error y puede llamar voluptuosas o locas cosas que solo se lo parecen porque no está acostumbrado a ellas; sin embargo, puede haber cierta voluptuosidad o extravagancia en la cosa producida o fabricada por un hombre voluptuoso o extravagante.

Siempre que estemos ante un "ambiente", precisamente porque expresa un estado de ánimo, [debemos tener en cuenta que] no puede ser moralmente indiferente: o será bueno, y favorecerá a las almas en la consideración y asimilación de Dios; o será malo y actuará en la dirección opuesta.

Esto es lo que se puede decir sobre la honestidad natural o la deshonestidad de los ambientes. ¿Es legítimo dar un paso más y hablar de ambientes específicamente cristianos? Nos parece que sí.

El alma humana, visitada por la Gracia, adquiere una perfección sobrenatural que a veces se refleja en el rostro. La hagiografía está llena de testimonios de ello. La Transfiguración, ¿qué fue sino esto? Ahora bien, la pintura y la escultura pueden expresar algo de esto. Y ciertos edificios, en los que se encuentran estas esculturas y pinturas, tienen tal armonía con ellos que parecen expresar a su manera la misma irradiación del alma humana incorporada místicamente a Nuestro Señor Jesucristo.

El heroísmo de los cruzados era típicamente cristiano y, por lo tanto, diferente del heroísmo meramente natural de un legionario romano. ¿Es posible considerar el ambiente formado en un paisaje por un poderoso castillo medieval, sin tener la impresión de que algo típicamente cristiano impresiona nuestras almas?

El ambiente expresa el estado de espíritu dominante

Cuando la vida social de las almas es regular e intensa en un grupo humano determinado –digamos una familia o una sociedad– se constituye una especie de alma colectiva, es decir, un conjunto de convicciones, algunas de las cuales se valoran como de especial importancia. En consecuencia, una mentalidad colectiva, un estado de espíritu común, que ejerce una influencia especialmente fuerte sobre todos los miembros. [En este grupo] el vocabulario se define por el uso más insistente de ciertas palabras o expresiones que a veces toman, dentro del grupo, una tonalidad específica. No es infrecuente que incluso aparezcan neologismos.

Por otro lado, la forma de vestir, de hablar, de comportarse, todas las preferencias personales tienden a recibir la marca de los principios comúnmente aceptados, y especialmente de los que son dominantes. Finalmente, el ambiente material se satura con esta influencia y gradualmente la ima-

La forma de vestir, de hablar, de comportarse, todas las preferencias personales tienden a recibir la marca de los principios comúnmente aceptados, y especialmente de los que son dominantes.

Podemos decir que el ambiente, la cultura, el estilo, la civilización, es decir, los bienes intrínsecamente superiores de la sociedad humana, son producto de la vida social como sociedad de almas.

gen física –hogar familiar, sede social, etc. – se va transformando de tal manera que expresa el espíritu dominante.

Varias sociedades más pequeñas, que se forman entre sí como una sociedad de sociedades –un conjunto de familias en una ciudad, por ejemplo– pueden mantener una especie de comercio espiritual común, que forma el ambiente más genérico, pero no menos afirmativo, de la vida de la ciudad.

El florecimiento de un conjunto de vocablos, de costumbres, hábitos locales, la producción de obras artesanales marcados por el estado de espíritu local e incluso de influencias artísticas claramente locales, todo esto es el resultado de una sociedad espiritual armónica, definida y activa. Por supuesto, podríamos subir de la ciudad a la región, de allí al país y de allí a las grandes áreas de la cultura y la civilización.

Sin entrar en el debate inagotable sobre el sentido de civilización, de cultura, de estilo artístico, llamemos cultura social al estado de espíritu colectivo, al alma colectiva, al menos mientras está fecundado y ordenado por el trabajo intelectual y en cuanto existente como nota característica que también marca el trabajo intelectual. Llamemos civilización al conjunto de instituciones, leyes, costumbres, en fin, toda la forma de ser colectivo, en cuanto marcado por la cultura. Y [llamemos] estilo a las manifestaciones de arte, en la medida que están marcadas por la cultura y, por tanto, necesariamente afines con la civilización. Llamemos ambiente social a la impresión de conjunto que ejerce en el observador la acción armoniosa de la civilización, la cultura y el estilo, la transparencia definida, fuerte, inequívoca del estado de espíritu y de los principios doctrinarios que son lo que esa sociedad de almas tiene de más intrínseco.

La función contemplativa del hombre en esta Tierra se suele ejercer apoyada en el ambiente, la cultura, el estilo y la civilización

En este sentido, podemos y debemos decir que el ambiente, la cultura, el estilo, la civilización, es decir, los bienes intrínsecamente superiores de la sociedad humana, son producto de la vida social como sociedad de almas. Estos bienes son indispensables para el modo habitual de ser de las almas, y justifican por sí mismos, independientemente de otros argumentos –todos legítimos por lo demás– la existencia de la sociedad. Porque nadie puede concebir una convivencia humana que no tienda, por su propio dinamismo, a producir estos bienes. Tampoco [se pueden concebir] condiciones de vida normales para el alma fuera de todo lo que pueda llamarse ambiente, cultura, estilo y civilización.

En el mismo sentido, también debemos decir que la función contemplativa del hombre en esta Tierra –aprendizaje, prueba y preanuncio de su función eterna en el Cielo– se suele ejercer con apoyo en el ambiente, en la cultura, en el estilo y en la civilización. Porque es con la ayuda de todo esto que el hombre asimila o rechaza mejor y más adecuadamente los diversos aspectos del medio que lo rodea.

Aún en este orden de ideas, debemos agregar que la formación del ambiente, la cultura, el estilo, la civilización, constituyen –aunque sean productos típicamente espirituales– objetos propios de la sociedad temporal. Porque es esta última noción la que nos permitirá continuar nuestras reflexiones, llegando a una perspectiva muy amplia, de las relaciones entre la Iglesia y la sociedad civil.

Las características de la mentalidad humana se mezclan armoniosamente con el ambiente, como el alma en el cuerpo.

Pero antes de llegar a este punto, consideremos en sus relaciones mutuas los aspectos espirituales y materiales de la vida temporal. ¿Cómo afectan las actividades relacionadas con la formación del ambiente, de la cultura, del estilo, de la civilización a las otras actividades cuya disposición forma la vida cotidiana de los hombres y de las sociedades?

Consideremos el asunto en el ámbito limitado de una familia.

Por más ambiente que ella tenga, por más que su vida social-espiritual sea intensa, sería un error imaginar que cada una de sus actividades está impulsada por una preocupación intencional, definida y plenamente consciente de formar un estado de espíritu y de definirlo. Mucho de esto se hace de forma natural y despreocupada como el cuerpo respira o la sangre circula por las venas. A la hora de construir muebles, hacer una cortina o elegir un cuadro, pueden incluso tener un papel preponderante preocupaciones conscientes de carácter absolutamente práctico, de carácter totalmente circunstancial.

A pesar de todo esto, las fuerzas más profundas del alma también cooperarán y dejarán su huella en el acto, sin que, muchas veces, la persona que hace los muebles, que elige la cortina o el cuadro, se dé cuenta. [Son] afinidades naturales vigorosas y, sin embargo, tan discretas, entre las diversas cosas adquiridas sucesivamente

Una sociedad es normal cuando prorciona condiciones satisfactorias de existencia y progreso tanto para el alma cuanto para el cuerpo

por las diferentes generaciones de una familia. Y que conviven en una misma casa, cuyas características, por más reales y palpitantes que sean de la atmósfera doméstica, a veces sólo las personas ajenas al hogar son capaces de advertir.

Esto explica la formación de los estilos. Ninguno de ellos es una producción de gabinete, sino que es obra de toda una sociedad. Los artistas no son precisamente los creadores del estilo en uso en una sociedad, sino sus intérpretes, sus propulsores en la línea en la que se desarrolla su propia mentalidad social.

Y es también lo que explica que en los estilos verdaderamente producidos por una sociedad, lo práctico y lo bello, los elementos de utilidad física y las características de expresión mental estén tan armoniosamente fusionados.

La vida mental propiamente dicha se entrelaza tan íntimamente, se empapa tan profundamente, se entraña tan indisociablemente en la vida material, como el alma en el cuerpo. Y es en esta interpenetración donde está la garantía de robustez y autenticidad de ambos.

La sociedad temporal debe crear las condiciones para el progreso espiritual y material

Cuál de estas actividades [utilitaria o mental] es la más importante en la vida temporal? Concretamente, esto equivaldría a preguntar, cuando se adquiere un objeto en una familia –un armario, digamos– qué es más importante: que sirva para guardar ropa, o que por su aspecto potencie el poder de expresión del ambiente material del hogar. O, en un país, a la hora de hacer un Palacio de Justicia, ¿qué importa más, su utilidad práctica para el funcionamiento de los órganos judiciales, o la majestad y gravedad con la que se debe revestir el ámbito judicial y expresar la naturaleza más íntima de la función de juzgar?

Cuando un objeto debe tener, por su naturaleza, dos atributos, ambos esenciales, si falta uno, no tiene valor. En lugar de elegir entre el armario materialmente útil y el armario "espiritualmente" útil; o en lugar de elegir entre el Palacio solo materialmente apropiado y el Palacio solo espiritualmente adecuado, sería el caso de comenzar rechazando uno y otro.

El hombre tiene el derecho y el deber de ser lo suficientemente exigente, para no contentarse con un objeto que le preste un mal servicio a su alma o a su cuerpo.

Sin embargo, no queremos escapar a la pregunta que acabamos de hacer. El fin inmediato, propio y natural de un armario no debe ser una condensación de doctrina o de mentalidad. En este sentido, es más importante guardar adecuadamente la ropa. Pero, como el servicio proporcionado al alma vale más que el servicio proporcionado al cuerpo, en cierto sentido la función educativa de los muebles es más importante que su aspecto práctico.

Lo mismo debe decirse de la sociedad temporal, considerada en su conjunto. Su situación no puede creerse normal sino cuando proporciona condiciones satisfactorias de existencia y progreso tanto para el alma cuanto para el cuerpo. La influencia recíproca entre las dos esferas conducirá incluso a que los avances logrados en cada una repercutan favorablemente en el dinamismo propio de la otra. Sin embargo, cualitativamente es bastante cierto que los beneficios del espíritu importan más que los de la materia. Por eso, a pesar de cierta mentalidad moderna, es más importante que un país tenga su propia cultura, su propio estilo, costumbres, instituciones, leyes acordes al ambiente nacional, que una perfecta canalización de agua y alcantarillado.

La Atenas del tiempo de Pericles brillará para siempre en el firmamento de la historia. La Atenas de hoy, incomparablemente superior a la otra como comodidad material de la vida, ¿qué recuerdo dejará para el futuro?

La sociedad temporal ejerce una función ministerial al servicio del orden sobrenatural, constituyendo esta función un instrumento útil y poderoso para la salvación de las almas

Se trata ahora de definir las relaciones entre las funciones de la sociedad temporal, que acabamos de describir, y la religión.

La Iglesia enseña que la vida terrena se compara a un noviciado. El novicio debe adquirir los conocimientos y las virtudes que lo capaciten para la vida religiosa. El hombre debe adquirir los conocimientos y las virtudes en la vida terrena que lo capaciten para el Cielo.

Por virtud se entiende el hábito de operar de acuerdo con la recta razón. Lo que supone un conocimiento de los dictámenes de la recta razón. Las

El Papa León XIII así describe las relaciones entre el orden temporal y el religioso como existió en la Edad Media:

"Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. En esa época la influencia de la sabiduría cristiana y su virtud divina penetraban las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos, todas las categorías y todas las relaciones de la sociedad civil. Entonces la religión instituida por Jesucristo, sólidamente establecida en el grado de dignidad que le es debido, era floreciente en todas partes gracias al favor de los príncipes y a la protección legítima de los magistrados. Entonces el Sacerdocio y el Imperio estaban ligados entre sí por una feliz concordia y por la permuta amistosa de buenos oficios. Organizada así, la sociedad civil dio frutos superiores a toda expectativa, cuya memoria subsiste y subsistirá, consignada como está en innumerables documentos que ningún artificio de los adversarios podrá corromper u obscurecer." (Encíclica Inmortale Dei, 1.XI.1885 - Bonne Presse , París, vol. II, p. 39).

operaciones a las que se refieren estos dictámenes no son solo las exteriores, sino las interiores. Cualquier acto que sea meramente interior del hombre, siempre que cuente con el consentimiento de la voluntad, es virtuoso o no, según esté de acuerdo o en desacuerdo con la recta razón. La sociedad temporal-espiritual está dotada de una acción poderosa sobre el hombre para llevarlo a realizar actos internos o externos de acuerdo con la razón. Por tanto, puede ser un medio útil para salvar o perder.

Las manifestaciones más elevadas de la vida temporal están, por su propia naturaleza, en el centro del problema de la salvación y no pueden ser ajenas de

El ambiente de una ciudad ejerce una profunda influencia natural sobre el hombre

ninguna manera a él. No es sólo por el concurso de las leyes, con las que la verdadera Iglesia favorece y reprime el error, que la sociedad temporal puede servir a la salvación. Es por las mil actividades espirituales que constituyen lo que ella tiene de mejor, es decir, el hecho de ser una sociedad de almas, sin la cual ni siquiera sería una sociedad.

Así, ocurre con la sociedad temporal –*mutatis mutandis*– lo mismo que con la familia, una sociedad ella también natural, temporal, pero destinada por lo que tiene de más visceral, a actividades que coinciden con las de la Iglesia.

Dada esta profunda interpenetración de campos, deseada por la Providencia, sería absurdo suponer que Dios no quisiera la cooperación entre la sociedad temporal y la Iglesia. Y, además, que en esta cooperación entre dos sociedades intrínsecamente desiguales, lo temporal, natural, perecedero no estuviese en una posición ministerial en relación a lo espiritual, sobrenatural, eterno; el fin próximo en relación al fin último.

En estas consideraciones hay fundamento suficiente para ir más lejos, sosteniendo que la sociedad temporal, máxime como sociedad de almas, no alcanza su perfección sino a través del Magisterio y la Gracia de que la Iglesia es depositaria. Pero esto nos alejaría de nuestro tema.

La Iglesia obtiene grandes frutos en su desempeño cuando instituciones, leyes, estilos, etc. constituyen un ambiente católico

La sociedad temporal, por tanto, tiene tanto como la familia, aunque a su manera, una función de apostolado que ejercer en el propio ámbito temporal, bajo la inspiración y el magisterio de la Iglesia.

¿Cuál es la importancia real de su contribución a la obra de salvación? Es, por supuesto, una contribución de carácter puramente natural, ya que solo la Iglesia es una sociedad sobrenatural. Dicho esto, se puede sostener, sin embargo, que tal importancia es inmensa. La Providencia quiso que el ambiente de una sociedad familiar, cultural, profesional, recreativa o de cualquier otra sociedad, el ambiente de una ciudad, una provincia, un país ejerciera una profunda influencia natural sobre el hombre, de la cual, es cierto, puede liberarse con la ayuda de la Gracia, si tal influencia es mala, pero que, en cualquier caso, actúa en su interior poderosamente.

La prueba de esto está en la evidencia de los hechos. Donde las leyes, instituciones, costumbres, cultura, estilo, civilización constituyen un ambiente profundamente católico, la acción específica de la Jerarquía eclesiástica suele dar grandes frutos; y la acción de los Sacramentos, de la predicación, de la irradiación de la santidad de los ministros de Dios mueve a las multitudes. Al contrario, donde todo se le opone, las dificultades para la acción de la Jerarquía se vuelven inmensas. Son vencibles, es cierto, porque para Dios nada es imposible. Pero actúan en sí mismas de manera desfavorable.

Esto explica por qué países enteros han caído repentinamente en la herejía, como Inglaterra o las naciones escandinavas: todo el ambiente tenía solo una nota aparente de catolicidad. Lo verdaderamente dominante era la indiferencia, la tibieza.

A la inversa, se podría argumentar con la expansión de la Iglesia bajo las persecuciones y su decadencia después de Constantino. El argumento es tan débil en sí, que hace sonreír. ¿Quién puede admitir que la Esposa Mística de Cristo sólo es fecunda cuando se la trata a latigazos..., que sus verdaderos benefactores son los Nerones y los Dioclecianos y sus verdaderos perseguidores San Luis, San Fernando o San Enrique?

Noción de sociedad temporal sacral

La sociedad temporal, querida por Dios, ordenada por Él, que realiza en sí misma una obra santificadora, es una sociedad santa, que tiene una función sagrada. [Sigue siendo] una sociedad enteramente natural como la familia, pero [es] trabajada en profundidad por la vida sobrenatural que bulle en sus miembros. Sociedad santa y sagrada, como lo es la familia cristiana, a la cual tanto le conviene la designación de santa, que incluso su vínculo constitutivo es un sacramento instituido por el mismo Jesucristo.

Sacro Imperio, Santa Rusia, Santa Francia fueron anteriormente denominaciones comunes y perfectamente legítimas. Y a nadie le extrañó que el óleo sagrado sirviera como sacramental para ungir a los Reyes; que su investidura en el supremo poder temporal se realizara durante la Misa, en una función esencialmente religiosa, con la participación del Clero; que la Cruz de Cristo brillara sobre el símbolo del poder temporal, que era la corona; o que el título más honorable del poseedor supremo del poder temporal fuera un título religioso: Sacra Majestas, Rex Apostolicus, Rex Christianissimus, Rex Catholicus, Rex Fidelissimus, Defensor Fidei. [2] [Y a nadie le sorprendía tampoco] que los duques de Lorena –que se presumían reyes de Jerusalén– llevaran una corona cuya diadema estaba hecha de espinas, o que el rey de Lombardía tuviera un clavo de la Pasión de Cristo en su Corona de Hierro. Todos estos hechos daban fe del carácter sagrado de la sociedad temporal y, por tanto, del poder temporal, aunque éste fuera distinto del de la Jerarquía eclesiástica.

Llegamos así a la noción de sociedad temporal como ministra de la Iglesia, que abre amplias perspectivas para la noción de sociedad temporal sacral.

Nos parece que –si todos los que están interesados en el problema de la relaciones entre la sociedad temporal y la Iglesia tuvieran muy claro que la palabra temporal incluye valores inmensamente espirituales, y cuáles son– les resultaría más fácil comprender la ministerialidad de lo temporal.

2 Estos títulos tan significativos correspondían a los principales monarcas de Europa en ese momento: Sagrada Majestad, título que correspondía al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico; Rey Apostólico, al Rey de Hungría; Rey Cristianísimo, al Rey de Francia; Rey Católico, al Rey de España; Rey Fidelissimo, al Rey de Portugal; Defensor de la Fe, al Rey de Inglaterra.

La bendición del campo en 1800 - Salvador Viniegra y Lasso de la Vega